

cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della, vió lo que en ella había, que eran cuatro camisas de delgada Holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañuelo halló un montoncillo de escudos de oro, y así como los vió, dijo: "¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!"

Y buscando más, halló un librito de memoria ricamente guarnecido; éste le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo:

—Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole mandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte.

—No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.

—Verdad dices, dijo Don Quijote, y así no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos.



Abriólo, y lo primero que halló en el escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto, por que Sancho también lo oyese, vió que decía de esta manera:

O le falta al amor conocimiento,  
ó le sobra crueldad, ó no es mi pena  
igual á la ocasión que me condena  
al género más duro de tormento.

Pero si amor es Dios, es argumento  
que nada ignora, y es razón muy buena  
que un dios no sea cruel: ¿pues quién ordena  
el terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,  
que tanto mal en tanto bien no cabe,  
ni me viene del cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo más cierto,  
que el mal de quien la causa no se sabe,  
milagro es acertar la medicina.

—Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo.

—¿Qué hilo está aquí? dijo Don Quijote.

Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí "hilo."

—No dije sino Fili, respondió Don Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte.

—Luego también dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas.

—Y más de lo que tú piensas, respondió Don Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada, eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor de-

cir, son anejas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

—Lea más vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga.

Volvió la hoja Don Quijote, y dijo:

—Esto es prosa, y parece carta.

—¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho.

—En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote.

—Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores.

—Que me place, dijo Don Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vió que decía desta manera:

"Tu falsa promesa y mi cierta desventura, me llevan á parte, donde antes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Desecháteme, ¡oh ingrata! por quien tiene más, no por quien vale más que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo

"estén siempre cubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome venganza de lo que no deseo."

Acabando de leer la carta, dijo Don Quijote:

—Menos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algún desdenado amante.

Y hojeando casi todo el librito, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizando los unos y llorando los otros.

En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella ni en el cojín, que no buscarse, escudriñarse ó inquiriarse, ni costura que no deshiciera, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló más de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debía de ser de algún principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido á algún desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería, que era por donde él podía caminar, siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura.

Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía, iba saltando un hom-



Abrió un librito, y lo primero que vió fué un soneto.



bre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrían unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes: traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático.

Luego imaginó Don Quijote que aquel era el dueño del cojín y de la maleta, y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas, hasta hallarle; y así, mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les había quitado de adelante.

No podrá hacer eso; respondió Sancho, porque en apartándose de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sirvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.



—Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánimo del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió:

—Harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuéese el dueño del dinero, claro está que lo tengo que restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco.

—Engañaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote, que ya hemos caído en sospecha de quién es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos; y cuando no le buscásemos, la vehementemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo.

Y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte; y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arrollo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano.

Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. El respondió á gritos, que quién les había traído por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando á donde Don Quijote estaba, dijo:

—Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que há ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á su dueño?

—No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojín y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.

—También la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar y llegar á ella, temeroso de algún desmán y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no.

—Eso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho, que también la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cenorro.

—Decidme, buen hombre, dijo Don Quijote, ¿sabéis vos quién sea el dueño destas prendas?

—Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pie de seis meses, poco más ó menos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta, y con el mismo cojín y maleta que decís que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuán parte desta sierra era la más áspera y escondida: dijimosle, que era esta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hacia la sierra; y desde entonces nunca más le vimos, hasta que desde allí á algunos días salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decirle nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coeces, y luego se fué á la borrica del ható, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra.

Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos días por lo más cerrado desta tierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en un hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortésmente, y en pocas y en muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta.

Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedimosle también, que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, nos dijese dónde le halláramos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores.

Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie.

En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitación, dijo que no tenía otra que aquella que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y cuál le veíamos entonces; porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortesías y concertadas razones, mostraba ser bien nacido y muy cortés persona.

Que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba darse á conocer á la misma rusticidad; y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en que había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando el suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le había sobrevenido.

Mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacía diciendo:

—¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste: estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño;” y á estas añadía otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido.

—Quitámoosle, pues, con no poca pesadumbre, y él sin decir más palabra se apartó de nosotros, y se embosó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos, que la locura le venía á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuando lo demostraba el término á que le había conducido.

—Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas, á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas.

Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos,



Vió que por cima de una montaña iba saltando un hombre de risco en risco.